

¿ILUSTRACIÓN O ILUSTRACIONES?



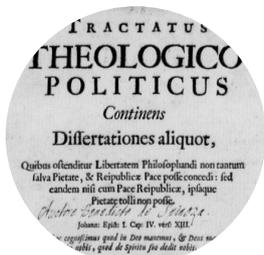
6. Declaración de independencia: Thomas Jefferson

Prof. Dr. Javier Alcoriza

Miércoles 18 de noviembre de 2020, 19 h.

Enlace al webinar: <https://zoom.us/j/91827863943>.

¿ILUSTRACIÓN O ILUSTRACIONES?



Preguntas por la Ilustración

Prof. Dr. Antonio Lastra

Miércoles 14 de octubre de 2020, 19 h.

Vico y los Estudios Culturales

Prof. Dr. José Alfredo Peris Cancio

Miércoles 21 de octubre de 2020, 19 h.



Enlightenment: la Ilustración escocesa

Prof. Dr. Ginés Marco

Miércoles 28 de octubre de 2020, 19 h.

Turgot y las Lumières

Prof.^a. Dr.^a. Paloma de la Nuez

Miércoles 4 de noviembre de 2020, 19 h.



Contrailustración

Prof. Dr. Julio Seoane Pinilla

Miércoles 11 de noviembre de 2020, 19 h.

Declaración de independencia: Thomas Jefferson

Prof. Dr. Javier Alcoriza

Miércoles 18 de noviembre de 2020, 19 h.



Las Luces y las Anti-Luces

Prof.^a. Dr.^a. María José Villaverde Rico

Miércoles 25 de noviembre de 2020, 19 h.

¿ILUSTRACIÓN O ILUSTRACIONES?

La torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados

6 Declaración de Independencia: Thomas Jefferson

Prof. Dr. Javier Alcoriza

Webinar 18 de noviembre de 2020, 19 h.

Declaración de Independencia: Thomas Jefferson

El caso de Jefferson (Smith): la nación creada o la invención de América. Un “carácter típico”, mezcla de rasgos radicales y conservadores: la prueba social de *Democracia*. “The peculiar felicity of expression”. La “psicología de Dios” en el preámbulo de la Declaración de Independencia. Debates y problemas de la ideología revolucionaria. *Scholar* v. *philosophe*. La naturaleza y la constitución humana. La residencia de Thoreau: por qué “dejé los bosques...”. La dificultad de Jefferson, “the philosopher and the king were one”. La resistencia de los hábitos políticos frente a la amenaza del “Leviatán urbano”.

Bibliografía

- HENRY ADAMS, *History of the United States of America during the Administrations of Thomas Jefferson and James Madison*, ed. de E. N. Harbert, The Library of America, Nueva York, 1986.
- BERNARD BAILYN, *Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana*, trad. de A. Vanasco, Tecnos, Madrid, 2012.
- DANIEL J. BOORSTIN, *The lost world of Thomas Jefferson*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1948.
- HENRY STEELE COMMAGER, *Jefferson, Nationalism, and the Enlightenment*, George Braziller, Nueva York, 1975.
- JOHN DOS PASSOS, *The ground we stand on. Some examples from the history of a political creed*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 1941.
- RALPH WALDO EMERSON, *Naturaleza y otros escritos de juventud*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
- SCOTT EYMAN, *Print the Legend. La vida y época de John Ford*, trad. de M. Rubio, T & B Editores, Madrid.
- THOMAS JEFFERSON, *Autobiografía y otros escritos*, ed. de A Koch y W. Peden, trad. de M. Sáenz de Heredia, Tecnos, Madrid, 1987.
- JONATHAN I. ISRAEL, *Democratic Enlightenment. Philosophy, Revolution, and Human Rights 1750-1790*, Oxford University Press, Oxford, 2012.
- HENRY DAVID THOREAU, *Walden*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2020¹⁴.

1

Se puede decir que el sentido que tiene Estados Unidos de sí mismo, en lo relativo al cine, proviene de dos personas: Frank Capra y John Ford. De estos dos hombres, fue John Ford el que decía la verdad.

Por mucho respeto que Capra tuviera al hombre de la calle, las películas a las que debe su reputación son básicamente repeticiones de un mismo argumento: un desalmado empresario se da cuenta de lo fácil que resulta manipular al público contra el simple y esmirriado hombre de la calle, encarnación del pueblo llano por el cual Capra decía tener tanto respeto. Las moralejas de Capra sostienen que lo único que se interpone en el camino de la felicidad humana es un malvado banquero o político. Una vez que han sido derrotados, normalmente mediante la degradación pública, el mundo vuelve a su estado natural.

La visión de Ford era igual de intensa, pero mucho más matizada y madura. El humano idealismo americano le proporcionó sus argumentos, y sus mejores películas se ven reforzadas por su conocimiento de los conflictos internos de su país; como escribió Geoffrey O'Brien: "Detrás de cada afirmación de Dios, maternidad y patria, asoma caprichosamente una blasfemia encubierta: la sospecha de que pueda ser todo una farsa".

SCOTT EYMAN

Print the Legend. La vida y época de John Ford, p. 19

2

Cuando, en el curso del devenir humano, un pueblo se ve obligado a disolver los lazos políticos que lo han ligado a otro, asumiendo entre las potencias de la tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de la naturaleza le dan derecho, un honesto respeto a las opiniones de la humanidad le exige que declare las causas que le impelen a la separación.

Tenemos las siguientes verdades por evidentes en sí mismas: que todos los hombres son creados iguales; que su creador les ha otorgado derechos *inherentes* e inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres gobiernos cuyos poderes legítimos emanan del consentimiento de los gobernados; que cuando una forma cualquiera de gobierno pone en peligro esos fines, el pueblo tiene derecho a alterarla o abolirla y a instituir un nuevo gobierno, fundamentándolo en los principios, y organizando su poderes en la forma, que a su juicio le ofrezcan más posibilidades de alcanzar su seguridad y felicidad.

THOMAS JEFFERSON

Autobiografía y otros escritos, pp. 23-24

3

The Declaration of 4 July 1776 makes no mention of precedents or any contract, or charters, and departs wholly from hitherto hegemonic rhetoric of the special rights of Englishmen. This text had to be broadly acceptable and accommodating. Nevertheless, proclaiming all peoples to have an "equal station", given to them by the "laws of Nature and Nature's God", and that "all men are created equals", offered concepts more broadly in line with radical than moderate Enlightenment principles. Jefferson admired Paine, and strands of radical republicanism and egalitarianism in his thought were probably indebted to him as well as Gordon and Bolingbroke. The Jeffersonian doctrine of fundamental equality, that all men are created equal by nature, crucial to the argument of the *Declaration*, from 1776 was fundamental to the Revolution. But it also served as a basic contradiction within the Revolution. Indeed, Jefferson, a Virginia planter and slave-owner—owning over a hundred slaves at the time he wrote the Declaration—mirrored more than any other leading figure of the American Revolution the underlying tension between radical and "moderate" principles within the Revolution.

JONATHAN I. ISRAEL, *Democratic Enlightenment*, p. 457

4

The better test of American character was not political but social, and was to be found not in government but in the people.

HENRY ADAMS

History of the United States of America, p. 1336

5

En estas cuestiones fundamentales —representación y consentimiento, la naturaleza de las constituciones y los derechos, el sentido de la soberanía — y de ese modo esencial, los colonos pusieron a prueba y modificaron su herencia cultural en lo que se refería a la libertad y su preservación. Considerar las asambleas legislativas como espejos de la sociedad y sus manifestaciones como expresiones fielmente exactas del pueblo; suponer, y actuar sobre la base de esa suposición, que los derechos humanos están por encima de la ley y existen como pautas de la validez de la ley; interpretar las constituciones como planes ideales y fijos de gobierno, que delimitan su esfera lícita de acción; y aceptar la posibilidad de que la soberanía absoluta del gobierno no debe ser necesariamente el monopolio de un solo organismo que todo lo absorba, sino (*imperium in imperio*) que su posesión debe ser compartida por varios organismos, cada uno de ellos limitado por atribuciones de los otros, aunque todopoderoso dentro de su propia esfera; pensar de esta manera, como los americanos lo hacían antes de la Independencia, era reelaborar los principios esenciales de gobierno y las relaciones de la sociedad con este.

[...] A lo largo de las aún casi despobladas costas de la América del Norte británica, algunos grupos de hombres —intelectuales y granjeros, eruditos y comerciantes, los instruidos y los ignaros— se reunían con el propósito de organizar gobiernos ilustrados. Durante el año 1776, ocho Estados esbozaron y adoptaron sus constituciones (dos lo habían hecho ya antes de la Independencia). En todas partes se entablaban discusiones acerca de la naturaleza ideal del gobierno; en todas partes eran examinados los principios de la vida política, juzgadas las instituciones y analizados sus procedimientos. Y estos debates —que solo anunciaban otras discusiones que continuarían durante gran parte del siglo XIX, hasta que el significado político y social de la Revolución Norteamericana fuese comprendido más plenamente— eran directas derivaciones de los que habían precedido a la Independencia.

[...] Ya antes de la Independencia se había visto con claridad hasta qué punto era contagioso este espíritu de idealismo pragmático, cuán poderoso —y peligroso— era el dinamismo intelectual que lo guiaba, y qué difícil era predecir en qué dirección se expandiría. Las instituciones eran puestas en tela de juicio y reprobadas aquellas que parecían tener poca o ninguna relación con los conflictos inmediatos de la lucha anglo-americana. Inesperadamente surgieron nuevos y arduos problemas, que trascendían el ámbito de los considerados hasta entonces.

BERNARD BAILYN

Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana, pp. 231-233

6

¿De qué manera, entonces, en una sociedad en que “no existían distinciones de rango [...] y nadie gozaba de más derechos que aquellos que eran comunes a todos”, y el gobierno, por definición, no expresaba sino la voluntad “democrática”, podía preservarse el equilibrio que salvaguardaba las libertades? ¿Cuáles, ciertamente, serían los elementos que habría que equilibrar y a través de qué organismos debían ser expresados sus intereses? La polémica en torno a estas cruciales cuestiones — de las que dependía el carácter futuro de la vida pública americana— se inició cuando todavía el problema público candente consistía en las relaciones de las colonias con Inglaterra y terminó más o menos una década después con la revisión de las primeras constituciones estatales. Entre estos dos extremos se extiende una continua, ininterrumpida secuencia de desarrollo intelectual y de experiencias políticas, que

ligaba dos mundos intelectuales diferentes: el mundo de mediados del siglo XVIII, aún vivamente interesado en un conjunto de ideas provenientes, en última instancia, de la antigüedad clásica —de Aristóteles, Polibio, Maquiavelo y otras fuentes del siglo XVII inglés—, y el mundo enteramente distinto de Madison y Tocqueville. Entre ambos se puede apreciar no tanto una transición de ideas como una transformación de los problemas, cuyas características finales emergen de una manera impremeditada y vacilante del apasionado debate suscitado por Paine con su *Common Sense*.

BERNARD BAILYN

Los orígenes ideológicos de la Revolución norteamericana, pp. 282-283

7

Así, en lugar del hombre que piensa, tenemos a la rata de biblioteca. Así, la clase de instruidos en los libros, que valora los libros por sí mismos, no en relación con la naturaleza y la constitución humana, sino como una especie de tercer estado junto al mundo y el alma. Así, los restauradores de lecturas, los enmendadores, los bibliomaniacos de todas clases.

Esto es malo, peor de lo que parece. Bien usados, los libros son lo mejor que hay; si se abusa de ellos, lo peor. ¿Cuál es su uso correcto? ¿Cuál es el único fin que todos los medios buscan? No tratan sino de inspirar. Preferiría no haber visto nunca un libro que desviarme de mi órbita a causa de su atracción, y convertirme en satélite en lugar de ser un sistema. Lo único que tiene valor en el mundo es el alma activa, el alma libre, soberana, activa. Todos los hombres tienen derecho a ella; todos los hombres la albergan, aunque en casi todos esté obstruida y casi no haya nacido. El alma activa ve la verdad absoluta, y dice la verdad o la crea. En esa acción, es el genio; no un privilegio, aquí y allá un favorito, sino el estado sano de cualquier hombre. En su esencia, es progresiva. El libro, la universidad, la escuela de arte, cualquier institución, se detienen ante cualquier asomo de genio. Esto es bueno, dicen; apoyémonos aquí. El libro, la universidad, la institución me sostienen. Miran atrás, no hacia delante. Pero el genio siempre mira hacia delante. Los ojos del hombre están en su frente, no en la nuca. El hombre espera. El genio crea. Crear, crear, es la prueba de una presencia divina. Cualquiera que sea su talento, si el hombre no crea, el efluvio puro de la deidad no es suyo: habrá ceniza y humo, pero no llama. Hay modales creativos, acciones creativas y palabras creativas: modales, acciones, palabras que no indican costumbre ni autoridad, sino brotes espontáneos del sentido humano de lo que es bueno y hermoso.

RALPH WALDO EMERSON

‘El escolar americano’, *Naturaleza y otros escritos de juventud*, pp. 96-97

8

A veces me asombro de que podamos ser tan frívolos, casi podría decir, como para atender a la forma de grosera servidumbre, pero algo ajena, conocida como la esclavitud de los negros, cuando hay tantos dueños agudos y sutiles que esclavizan tanto al norte como al sur. Es duro tener un supervisor sureño y peor tener uno norteno, pero lo peor de todo es que seáis vuestros propios negreros. ¡Y hablamos de la divinidad en el hombre! Mirad al cochero en la carretera, dirigiéndose al mercado de día o de noche, ¿acaso se agita la divinidad en él? ¡Su deber superior es forrajear y abreviar a sus caballos! ¿Qué es su destino para él comparado con los intereses de embarque? ¿No conduce para el Señor Escandalizador? ¿Cuán divino, cuán inmortal es? Mirad cómo se encoge y escabulle, qué vagos temores abriga todo el día sin ser inmortal ni divino, sino esclavo y prisionero de la opinión que tiene de sí mismo, una fama lograda por sus propios hechos. La opinión pública es un débil tirano comparada con nuestra propia opinión.

HENRY DAVID THOREAU

Walden, pp. 64-65

9

La misma sencillez y desnudez de la vida del hombre en la época primitiva implica al menos esta ventaja, que le deja aún como un residente en la naturaleza. Una vez repuesto con la comida y el sueño, volvía a contemplar su viaje. Moraba, por así decirlo, en una tienda en este mundo y enhebraba los valles o cruzaba las llanuras o escalaba las cimas de las montañas. Pero ¡mirad!, los hombres se han convertido en las herramientas de sus herramientas. El hombre que con independencia cogía los frutos cuando tenía hambre se ha convertido en un granjero y el que buscaba cobijo bajo un árbol, en un casero. Ahora no acampamos ya por una noche, sino que nos hemos establecido en la tierra y hemos olvidado el cielo. Hemos adoptado el cristianismo meramente como un método mejorado de *agricultura*. Hemos construido para este mundo una mansión familiar y para el siguiente una tumba familiar.

HENRY DAVID THOREAU
Walden, p. 90

10

Cuando por vez primera fijé mi residencia en los bosques, es decir, empecé a pasar allí tanto mis noches como mis días, lo que hice, por accidente, en el Día de la Independencia, el 4 de julio de 1845, mi casa no estaba acabada para el invierno, sino que era solo una defensa contra la lluvia, sin revoque ni chimenea, con bastos tablones manchados por paredes, con amplias grietas que no evitaban el frío de la noche.

HENRY DAVID THOREAU
Walden, p. 133

11

For Jefferson had lost none of his faith in those truths which he had once called self-evident. Well might he rejoice that the Enlightenment, driven out of the Old World, had found refuge in the New, and that Providence had placed him in a position where he might vindicate all its claims: the claims of freedom, the claims of Reason and of the cultivation of Reason through science and education, the claims of agrarian democracy, the claims of peace and of the supremacy of the civil over the military authority; the spacious claims of the commonwealth of Law and the commonwealth of Learning. In the Old World the *philosophes* had advanced such claims but had been wholly unable to realize them, for the kings, who did have the power to vindicate them, had not the will. In America alone the idea and the act could be one, as in America alone the philosopher and the king were one —more triumphantly in Jefferson than in any other figure in the history of the Enlightenment.

HENRY STEELE COMMAGER
Jefferson, Nationalism, and the Enlightenment, p. 73

12

How are these doubts to be answered? I myself believe that we are going to stick to our old King Log, that our peculiar institutions have a future, and that this country is getting to be a better place for men to live in instead of worse; but unfortunately just putting the statement down on paper does not make it true. How are we to answer the angry young men of today? How are we going to reassure the great mob of secret subjects of King Stork? Are we sure that king Log isn't as rotten they say?

The answer is not in speeches or in popular songs, but in the nature of our political habits.

JOHN DOS PASSOS
The ground we stand on, p. 7

13

It was precisely the prophetic character of Jeffersonian thought that saved it from the worst consequences of its particular doctrines. The fulfillment of man's material potentialities in America seemed distant, as the salvation of man's soul had

been in Puritan theology; and yet the certainty of his achievement was no less that which the Puritan had felt for the fate of the elect. His philosophy was cast in the future tense. Since the hope and the fact were not yet one, the Jeffersonians had a sense of living at the beginning of history,

DANIEL J. BOORSTIN

The lost world of Thomas Jefferson, p. 238

14

His sense of creaturehood—even his special brand of materialism—led him to a kind of humility, and this humility led him to a sympathy for the meek and the downtrodden. In the Jeffersonian search for the original teachings of Jesus, there was nothing pretentious, hypocritical or priggish. The Jeffersonian naturalism had remained compatible with an essentially Christian morality... Jeffersonian Christianity—unlike the Christianity of the later pragmatic age—was oversimplified and naïve rather than ingenious or attenuated. If it was to be confirmed not by revelation or an inner light but by natural history, it was because this was the authentic witness of the age.

The Jeffersonian could not imagine that the test which confirmed his faith might for another age confirm its doubts. The very temper of mind which made him find his morality in his fashion made him unwilling to face the issue which history would raise after him. He was so fortunately situated that, while he might explicitly deny the separate authority of revelation, it still seemed confirmed by the evidences of his natural science. When this happy coincidence should no longer exist, a naturalistic philosophy might no longer provide a foundation for a moral society.

DANIEL J. BOORSTIN

The lost world of Thomas Jefferson, pp. 245-246

